¡Valientes granaderos! Treinta son ellos, treinta bizarros españoles, que cayeron de bruces yendo á la vanguardia, al primer choque con las bayonetas republicanas. En tierra yacen, en correcta formación, con las armas en las manos y apretados los dientes en la convulsión de la postrera angustia...

....

.....

Esta fué la famosa jornada de Ayacucho, de la que Sucre fué el genio y Córdoba el héroe: última escena del drama de trescientos años de dominación española en América.

XXI

DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO

(1822)

El 6 de Julio de 1822 subió Bolívar á la cima del Chimborazo, y entonces dijo:

«Yo venía envuelto con el manto de Iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguílas audaz, nada me detuvo; llegué á la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano de la Eternidad sobre las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: Este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los ríos y los mares; ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado á los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris—

¡y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra! Sí podré. Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento; tenía á mis pies los umbrales del abismo.

»Un delirio febril embarga mi mente: me siento como encendido por un fuego extraño y superior.—Era el Dios de Colombia que me poseía.

»De repente se me presenta el Tiempo. Bajo el semblante venerable de un viejo, cargaba con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano...

»—Yo soy el padre de los siglos: soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la eternidad: los límites de mi imperio los señala el infinito: no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte: miro lo pasado, miro lo futuro y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño ó viejo, hombre ó héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Qué? ¿Levantaros sobre un átomo de la creación es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida á mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio á mis ojos? Todo es menos que un punto á la presencia del infinito, que es mi hermano.»

»Sobrecogido de un terror sagrado,—¿Cómo, ¡oh Tiempo!, respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado á todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la

cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas: llego al eterno con mis manos: siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos: estoy mirando junto á mí rutilantes astros, los soles infinitos: mido sin asombro el espacio que encierra la materia; y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino.—Observa, me dijo: aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja á los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral: no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad á los hombres...—La fantasma desapareció.

»Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me gritó: resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo á ser hombre, y escribo *mi delirio.*»

XXII

MANUELITA SÁENZ

(1828)

En la mañana del 16 de Junio de 1822, veintitrés días después de la famosa batalla de Pichincha, que dejamos relacionada en uno de los anteriores episodios, se advertía gran animación en las calles y alrededores de la muy noble ciudad de Quito.

En aquel día iba á hacer su entrada en ella el Libertador Simón Bolívar, esperado con impaciencia por los ya independientes quiteños.

El 7 de Abril anterior había ganado Bolívar la batalla de Bomboná contra las fuerzas del coronel García y, al cabo de una breve pero penosa campaña, reducido á la realista é indomable Pasto. Sujetada ésta, consumada la independencia de Colombia, se puso inmediatamente en marcha para las tierras del Sur, donde su presencia era necesaria. Más allá de *Pichincha* estaban el campo memorable de Junín y la gloriosa jornada de Ayacucho, que puso el sello á la libertad de la América Meridional.

La ciudad vestía de gala: arcos, doseles, festones, trofeos, cuanto el entusiasmo y la alegría de un pueblo agradecido habían inspirado al capricho de los ciudadanos y de las corporaciones, se ostentaban en el trayecto que debía recorrer el triunfador en cien combates.

A su aproximación salieron á recibirle los principales caballeros, y en las afueras, bajo una lujosa tienda de campaña, se le sirvió un espléndido refresco.

La animación se notaba en todos los rostros, el patriotismo latía en todos los corazones, y de todos los labios brotaban los gritos de ¡Viva la República! ¡Viva el Libertador!

Al fin apareció éste.

«No tenemos frases—dice un escritor colombiano—para expresar con entera precisión las escenas de entusiasmo, cariño y gratitud de toda la población al ver la apuesta figura de Bolívar sobre el hermoso corcel que dominaba como cousumado jinete, en el vigor de la vida, vestido con el sencillo y elegante uniforme de capitán general, contestando los innumerables saludos y vítores de la multitud embriagada de felicidad, llevando en la mano el sombrero elástico que dejaba al descubierto la cabeza del héroe, adornado de cabellos castaños sedosos y ondulados, lanzando á las preciosas quiteñas miradas de águila, con dos ojos negros, centelleantes, cuya expresión era imposible afrontar, dejando entrever la sonrisa que le asomaba á los labios velados por un bigote fino y recibiendo la multitud de coronas que le arrojaban de los balcones» (1).

(1) José María Cordovez Moure: *Reminiscencias.* — Tomo III.

Desembocaba á la plaza principal la lucida cabalgata, cuando el héroe venezolano sintió caer sobre su cabeza una grande y magnífica corona de laurel y olivo adornada con cintas de colores; levantó la mirada al balcón desde el cual se la habían arrojado, y vió una hermosa dama que con el fulgor de sus ojos negros hizo bajar los suyos, acostumbrados á mirar de frente el peligro, la muerte y la gloria.

A las puertas del Cabildo habían levantado un lucido tabladillo; frente á él echó pie á tierra el Libertador, y allí, doce bellísimas niñas, vestidas de blanco, coronadas de rosas, radiantes de inocencia y gentileza, depositaron en su frente una corona de laurel, dirigiéndole una de ellas un caluroso y patriótico discurso de bienvenida.

El general estaba conmovido—dicen las crónicas de aquella época—y al día siguiente manifestó su agradecimiento á la Municipalidad quiteña.

En la noche del 17, lo más granado de la sociedad le ofreció un suntuoso baile, en el cual le fueron presentadas las principales familias del lugar.

—La señora Manuela Sáenz de Thorme—dijo don Juan Larrea al presentar una dama al Libertador.

Este reconoció en la presentada á la hermosa mujer de los ojos negros que le había arrojado la corona con cintas tricolores desde el balcón de una de las casas de la plaza.

Manuelita Sáenz, de una de las buenas familias de la capital, esposa de un médico inglés, llamado Jaime Thorme, aunque educada en un convento, era mujer de grande ánimo y de varonil resolución. Los sucesos posteriores de su vida acreditaron su valor y su serenidad en los peligros.

Una viva simpatía unió estas dos almas fuertes, y á poco, abandonando hogar, familia, pisoteando las leyes del honor y atropellando toda consideración social, esta mujer se unió á Bolívar y dióse á seguir los pasos del Grande Hombre, compañera de sus días de gloria y de sus horas de desaliento.

La Providencia le tenía reservado un papel en la Historia; y un momento de heroísmo debía lavar los extravíos de una juventud demasiado pecadora.

Pasaron los años, y llegó el agitado é infausto de 1828.

Ya las facciones, que habían luego de asesinar á Colombia la Gloriosa, se agitaban sordamente. Todo tendía á la disolución, á la que se precipitaban los ánimos inquietos, las ambiciones insaciables y la cruel envidia. Roto ya el freno de toda moralidad, las pasiones corrían desbocadas al abismo, y el mismo Bolívar, el Libertador y Padre de la Patria, habiendo desgarrado con su espada la Constitución de Cúcuta, se erigió en dictador...

La ira de los partidos se enconaba más cada día, y *bolivianos* y *antibolivianos* estaban prontos á destrozarse mutuamente.

Entonces, los enemigos del héroe, en la desesperación de su felonía y de su ingratitud, resolvieron asesinarle.

«Existía en Bogotá una sociedad de jóvenes, los cuales se reunían con achaque de estudios y otros fines laudables. Al principio, de escaso número; luego, más y más extenso. Súpose que no estudiaban, y que sus reuniones tenían un carácter peligroso. Dirigíalos cierto francés, jacobino, de nombre *Arganil* (Juan Francisco), pretendido sabio, verdadero charlatán y *sancu-*

lotte de Marsella en tiempo de la Revolución de Francia. Este presidía también otra reunión secreta de la cual eran miembros Agustín Horment, francés; el comandante Pedro Carujo; Florentino González, naturaleza volcánica, y otras personas de carácter díscolo, incorregibles y de opiniones turbulentas» (1).

Estas sociedades decretaron la muerte del Libertador de cinco naciones.

Las tropas de la guarnición estaban medio corrompidas, y contaban con los artilleros para atacar los demás cuarteles.

Primero quisieron asesinar á Bolívar en un baile de máscaras con que la Municipalidad de Bogotá le obsequiaba el 10 de Agosto en celebración del aniversario de la entrada en esa ciudad del vencedor de Boyacá, después de aquella gran jornada de la Independencia.

Una genialidad de Manuela Sáenz impidió la ejecución del crimen.

El alcalde D. Ventura Ahumada ordenó que ninguno de los concurrentes había de llevar disfraz contrario á su sexo, y para que su disposición fuese estrictamente cumplida, se colocó él mismo á las puertas del coliseo donde la fiesta tenía lugar, obligando á todos á levantarse el antifaz para ser reconocido.

Llegó una persona vestida de húsar, y negóse á descubrir el rostro; insistió el alcalde, porfió el enmascarado, replicó la autoridad: el húsar no se daba á partido.

Impaciente éste, se le aproximó al alcalde, y le dijo al oído:

—Soy Manuela Sáenz.

(1) LARRAZÁBAL: *Vida de Bolívar*, tomo II.

—Aunque fuera Santa Manuela, no entra vestido de hombre—le contestó Ahumada.

Y continuó el altercado, que tomaba ya las ruidosas proporciones de un escándalo, hasta que D. Ventura se hizo obedecer.

La irascible é injuriada mujer corrió á palacio á poner su queja ante Bolívar; y éste, contrariado con la extravagancia de su amiga, acudió de mala gana á la fiesta.

Permaneció muy poco tiempo; se presentó un momento en el palco, recorrió los salones confundido entre las máscaras y desapareció.

Los asesinos le acechaban, seguían sus pasos requiriendo el arma homicida; pero no se atrevieron á atacarle, y su brusca retirada les intimidó, creyéndose descubiertos ó sospechados.

Pocos días después, el 21 de Septiembre, el Libertador fué á Soacha, pueblecillo inmediato á Bogotá, y permaneció en él dos ó tres días, acompañado de unos pocos. Carujo quería aprovechar la ocasión y victimar á todos; y costó mucho trabajo al general Santander, alma oculta de la conspiración, el impedirlo.

Al fin llegó la memorable noche del 25 de Septiembre.

Bolívar, solo en su habitación, acababa de tomar un baño tibio, cuando oyó estrépito de armas y gritos desesperados de lucha.

«Media noche sería, y reinaban calma y profundo silencio en la ciudad» (1). Todos reposaban tranquilos y confiados, cuando se comenzó á llevar adelante el plan tenebroso.

(1) BARALT Y DÍAZ: *Historia de Venezuela.*

Se dirigen unos á atacar el cuartel del *Vargas* y del escuadrón de *Granaderos*, otros se precipitan al palacio. Entre éstos van, al mando del malvado Carujo, Horment, Zulaivar, Florentino González, José Ignacio López... Llegan, sorprenden al oficial, atacan la guardia con ímpetu irresistible, hieren, matan, destrozan... y se presentan á la puerta de la habitación del Libertador.

Allí les cierra el paso un niño, el teniente Andrés Ibarra, espada en mano, dispuesto á vender cara su vida; pero López le tiende de un sablazo que le descarga en la mano derecha...

Se aproximan todavía más, violentan la puerta... Bolívar va á morir...

Al escuchar el estrépito y comprender de lo que se trataba, el Libertador requiere sus armas, y con la espada en la diestra y en la siniestra una pistola, aguarda impertérrito á los asesinos.

¿Pero qué iba él á poder contra tantos?

La Sáenz se arroja de rodillas á sus plantas y, llorando, con la mayor de las angustias, exclama:

—¡Sálvate! ¡Sálvate! ¡Por ahí, por esa ventana! ¡Pronto!

El héroe se resiste.

¿Cómo? El, á quien han respetado las balas y las lanzas enemigas en diez años de una lucha gigantesca, él ha de huir ante una caterva de asesinos? ¡Y él está armado! ¡Tiene en la mano la espada que ha libertado un mundo!

Quiere hacerse fuerte en la alcoba; quiere resistir hasta el fin.

La despavorida mujer le manifiesta rápidamente lo inútil de toda resistencia, y el ningún peligro que correría al saltar por una ventana baja que daba frente al Teatro, y en la que los agresores no pusieron ninguna guardia.

El instinto de la propia conservación es poderoso. Bolívar quiso conservarse para su pueblo y para su gloria; soltó las armas, y casi empujado por la noble mujer que así le salvaba, saltó por la ventana.

En este instante caían las puertas hechas añicos.

Los conjurados penetran en tumulto, y ante ellos ven, blanca, pálida, descompuesta, una mujer que desafiaba sus iras.

La alcoba vacía, las armas abandonadas, la ventana abierta, les revelan que la víctima que buscaban estaba en cobro.

—¿Dónde está el general Bolívar? — pregunta Carujo.

—En el salón del Consejo de Estado—le contesta impávida doña Manuela.

—Llévenos usted allá.

—Está bien: síganme.

¡Y con paso resuelto les precede!

Esta tardanza daba tiempo á Bolívar para huir y salvarse.

Atraviesan los corredores. En uno de ellos yace el infeliz Ibarra, en un charco de sangre, con la mano casi desprendida del brazo. Al verle, no puede contenerse la Sáenz, y, mujer al fin, prorrumpe en desesperados sollozos.

Llegan al Consejo de Estado: las puertas están cerradas, el salón oscuro y vacío.

—Usted nos ha mentido—dice Carujo, y profiriendo atroces injurias se la acerca con el brazo levantado.

—Yo no he venido á pelear con mujeres—grita

Horment, y, á la par que González, impide el atropello.

Pero no pueden contra todos, los caballerosos defensores; y Manuela es vilipendiada con insultos crueles, golpeada, arrastrada como un trapo...

Salen los asesinos, gritando atronadamente:

—¡Muera el tirano! ¡Abajo Bolívar! ¡Viva Santander!

Se precipitan á la calle.

A las puertas se encuentran con el coronel Férguson, edecán del Libertador, que acudía á cumplir con su deber en el puesto que le tocaba.

—¿Qué hay? ¿De qué se trata?—iba á decir; pero antes de que la pregunta brote de sus labios, Carujo le dispara un balazo, que le arroja muerto á sus pies... ¡Y Férguson era su amigo y más de una vez le había dispensado protección! (1).

El cuartel del *Vargas* era atacado por el comandante Silva y los artilleros; pero sin ningún suceso, pues fueron rechazados.

Entretanto los capitanes Rafael Mendoza y Emigdio Briceño escalan las paredes del cuartel de artillería, se introducen en la casa donde estaba preso el general Padilla, á quien los conspiradores habían designado como jefe, y le ponen en libertad. Algo horrible debía acontecer también allí, pues los traidores disparan un pistoletazo en la frente del dormido coronel José Bolívar, que custodiaba á Padilla confiado en su lealtad... Asesinato inútil y repugnante, con la permisión del cual manchó sus viejas glorias el defensor heroico de Cartagena!...

En seguida se desparraman por las calles al grito de

(1) LARRAZÁBAL.—Ibid.

¡Libertad! ¡Libertad!; atruenan con sus clamores el espacio, é instan al pueblo á que tome parte en la bárbara revuelta. El pueblo huye de su encuentro y les deja solos.

Entonces, vueltos de su primera sorpresa los jefes que se hallaban en la ciudad, reunen las tropas fieles, se ponen á su cabeza, atacan á los asesinos, combaten, triunfan y les dispersan á balazos por las calles, les expulsan, oblíganles á buscar refugio para salvar, á su vez, la existencia.

¿Qué era, en tanto, de Bolívar?

Pasaba horas de angustia terrible, oculto en unos barrancos llamados de San Agustín, casi desnudo, con el agua á las rodillas, debajo de un puente, oyendo el estrépito del combate casi sobre su misma cabeza.

Sin más compañía que un fiel criado—su repostero José María, que le viera huir y le siguiera—, las tres horas que transcurrieron fueron para él de la duración de tres siglos de ansiedad, de incertidumbre inenarrable. Al fin oyó que le buscaba una partida de los fieles de Vargas, y se unió á ellos, voló á la Plaza, donde fué acogido con aclamaciones.

Cuando al amanecer volvió á su palacio lo encontró teñido de la sangre de sus leales, y en las mejillas de Manuela Sáenz frescos todavía los brutales bofetones de José Ignacio López.

Tal fué la trágica noche del 25 de Septiembre.

Al día siguiente la mayor parte de los conjurados eran tomados presos; algunos cayeron en la misma noche.

La justicia no fué implacable, por la magnanimidad del Libertador, y si es verdad que los principales subieron al patíbulo, el general Padilla entre ellos, ó fueron al presidio, ó confinados á provincias distantes, también es cierto que poco después se sobreseyó en los procesos y se decretó un indulto general.

Este acontecimiento contristó profundamente al Libertador.

—«Yo estoy moralmente asesinado—le decía con emoción al general París—. Aquí, aquí—señalando el corazón—me han entrado los puñales. ¿Ese era el premio de mis servicios á Colombia y á la independencia de América? ¿Qué ofensa he hecho yo á la libertad y á esos hombres?...»

Treinta años después de la muerte de Bolívar perecía en Paita, octogenaria ya, la heroína doña Manuela Sáenz, siempre ferviente en su culto á la memoria del Padre de la Patria.

«La Historia no la absuelve—diremos con un autor ya citado—, pero sí admite circunstancias atenuantes en el proceso que le sigue desde hace más de medio siglo» (1).

(1) CORDOVEZ MOURE.—Ibid.

XXIII

EL NUDO DEL PORTETE

(1829)

Clareaba apenas un pálido sol de Febrero—era el año de 1829—sobre los campos empapados por el riguroso invierno, cuando dos pobres niños salían de la ciudad de Cuenca, y, pasando el caudaloso Yanuncay, tomaban el camino del Sur.

Alegres y satisfechos, entretenidos en animada conversación, caminaban de prisa, la *ruana* sobre los hombros y echados hacia la nuca los sombreros.

Anduvieron largas horas sin cansarse, dirigiendo á los indígenas que encontraban extrañas preguntas, que eran escuchadas con asombro, y obteniendo vagas contestaciones. Los más se contentaban con extender el brazo con dirección al Sur, ¡siempre al Sur!, y luego quedaban pensativos, viéndoles, hasta que se perdían en las vueltas del sendero.

Al fin, desembocaron en una llanura inmensa, cubierta de verdor, atravesada por un río, dominada en medio por una colina, en la cumbre de la cual se er-